

Introducción

Desde el siglo XIII hasta el siglo XXI, la violencia física y la brutalidad de las relaciones humanas siguen una trayectoria descendente en toda Europa occidental. La curva de los homicidios registrados en los archivos judiciales así lo atestigua. Al altísimo nivel inicial observado hace setecientos años, le sucede una primera disminución, hasta aproximadamente la mitad, entre los años 1600 y 1650, seguida de un desplome espectacular: el número de casos se divide entre diez en tres siglos hasta los años 1960, si bien en las décadas siguientes conoce una subida relativa aunque innegable.¹ Durante todo ese período, sin embargo, la criminalidad registra algunas constantes dignas de estudio en cuanto al sexo y la edad. Afecta muy poco a las mujeres, que hoy son responsables aproximadamente de un 10 % de los delitos, con pocas variaciones desde finales de la Edad Media; los implicados son sobre todo varones jóvenes, entre los 20 y los 30 años. Hasta el siglo XIX, es más frecuente en los Estados meridionales que en los países del norte. Actualmente, una frontera invisible separa todavía el mundo occidental del antiguo bloque soviético, principalmente Rusia, donde la tasa de homicidios alcanzó el 28,4 por cien mil habitantes en el año 2000, mientras que en la Comunidad Europea fluctuaba entre 1,9 y 0,7 antes de la ampliación.²

1. Los especialistas lo constatan unánimemente, pero las explicaciones de conjunto no pasan todavía del estadio de las hipótesis. Véase Manuel Eisner, «Long-term historical trends in violent crime», *Crime and Justice. A Review of Research*, n.º 30, 2003, págs. 83-142, con abundante bibliografía.

2. *Ibíd.*; véanse también Jean-Claude Chesnais, *Histoire de la violence en Occident de 1800 à nos jours*, ed. revisada y aumentada, París, Hachette, 1982, acerca de Europa hacia 1930 (mapa pág. 57) y hacia 1978 (págs. 61-63); ídem, «Les morts violentes dans le monde», *Population et Sociétés*, n.º 395, noviembre 2003, pág. 3 (según la tasa de homicidios en 2000, Colombia ocupa el primer lugar con 60,8, seguida por Rusia; Estados Unidos registra una tasa de 6,2; Canadá de 1,5; Francia de 0,7; Japón de 0,6).



La única conclusión que comparte la mayoría de investigadores constata la emergencia en el Viejo Continente de un poderoso modelo de gestión de la brutalidad masculina, especialmente juvenil. Si se excluyen las guerras, que son tributarias de otro tipo de análisis, el hombre es cada vez menos un lobo para el hombre en dicho espacio, por lo menos hasta el último tercio del siglo XX. Los cambios observados a partir de esa fecha podrían reflejar un preocupante cambio de tendencia.

¿Cómo ha conseguido la «fábrica» europea controlar y modelar la agresividad individual? Algunos especialistas en ciencias humanas consideran esta última como un factor puramente biológico. Un enfoque histórico distingue esa noción de la noción de violencia, que es su conceptualización ética por parte de una civilización.³ El hecho de que las variables de sexo y edad relativas al gesto homicida hayan cambiado poco desde hace siete siglos en Occidente parece confirmar a primera vista la tesis de la naturaleza predadora y mortífera del ser humano. Pero el declive secular de la curva de crímenes de sangre resulta esencialmente de una lenta evolución de orden cultural. Traduce sobre todo la disminución de los conflictos que oponen a los varones jóvenes, los de la élite —que se mataban con frecuencia en duelos— y los del pueblo —entre los cuales proliferaban las confrontaciones viriles y los combates con arma blanca en los lugares colectivos—. Las explicaciones hay que buscarlas en la mutación radical del concepto masculino del honor y en el apaciguamiento de las relaciones humanas, primero en la plaza pública, y luego, más lentamente, en la vida familiar, durante un proceso de «civilización de las costumbres», del cual Norbert Elias se ha convertido en teórico.⁴

La agresividad masculina es una realidad biológica también muy poderosamente orientada por la sociedad, la religión y el Estado... La baja representación de las mujeres en ese marco también es debida a ambos factores. Se matan o se hieren poco entre ellas, y son golpeadas con relativa moderación por los hombres, que evitan muchas veces ensañarse con su rostro, su vientre y sus órganos reproductores. Este fenómeno se explica tal vez por un mecanismo natural de inhibición, útil para la supervivencia de la especie. A él se añaden, sin embargo, unos modelos culturales imperativos que exigen que las hijas de Eva muestren una dulzura específica de su sexo, que renuncien a la brutalidad y que no lleven armas. Hasta hoy, la cultura de la violencia es fundamentalmente mascu-

3. Véase, más adelante, capítulo 1.

4. Norbert Elias, *La Civilisation des mœurs*, París, Calmann-Lévy, 1974.



lina en nuestro universo. Este libro se propone demostrar que, a pesar de todo, se ha transformado radicalmente entre 1300 y 2000. Gracias a la institución judicial, pasa lentamente del estatus de lenguaje colectivo normal creador de lazos sociales, que sirve para validar las jerarquías de poder y las relaciones entre las generaciones o los sexos en las comunidades de base, al estatus de tabú fundamental. Occidente inventa así la adolescencia a través de una tutela simbólica reforzada sobre los muchachos solteros. El movimiento viene a completar los efectos de un nuevo sistema educativo destinado a encauzar de forma más estricta una franja de edad que parece especialmente turbulenta, insumisa y peligrosa a los ojos de los poderes o de los individuos establecidos. Este aspecto de la «civilización de las costumbres», que hasta ahora ha sido poco analizado, pretende limitar la agresividad «natural» de las nuevas generaciones masculinas imponiéndoles el tabú del asesinato, con el consentimiento creciente de los adultos de su parroquia.

La principal ruptura se sitúa hacia 1650, cuando se instaura en toda la Europa traumatizada por interminables guerras una intensa devaluación de la visión de la sangre. A partir de ese momento, la «fábrica» occidental modifica los comportamientos individuales a menudo brutales, en especial entre los jóvenes, a través de un sistema de normas y reglas de educación que desprestigia los enfrentamientos armados, los códigos de venganza personal, la rudeza de las relaciones jerárquicas y la dureza de las relaciones entre los sexos o entre generaciones. Ello produce al cabo de los siglos una verdadera transformación de la sensibilidad colectiva frente al homicidio, que finalmente lo convierte en un poderoso tabú durante la época industrial.

Cuesta bastante realizar esa mutación, salvo con buena parte de los habitantes de las ciudades, que se dejan «desarmar» más fácilmente. Y es que la «paz urbana» ya había conseguido, al final de la Edad Media, moderar la violencia mejor que en otros lugares: un dispositivo basado en multas y sanciones diversas yugulaba la agresividad de los jóvenes locales, dándoles un sentido de autocontrol precoz, mientras que a los solteros peligrosos nacidos fuera de la ciudad se los marcaba y se los desterraba, es decir, en cierto modo se los enviaba a matar a otra parte. Otros grupos sociales desarrollaron prácticas feroces de resistencia. En primer lugar, los nobles exigieron el derecho de matar en nombre del honor. La cultura del duelo, establecida en el transcurso del siglo XVI, asegura la transición entre la ley de la venganza sanguinaria y el monopolio estatal de la violencia, pues codifica la agresividad aristocrática, lo que permite orientarla mejor hacia el servicio armado del príncipe y, más



tarde, de la nación. El mundo campesino, ampliamente mayoritario hasta el siglo XIX, se opone durante mucho tiempo de forma obstinada a la erosión de sus tradiciones viriles fundadoras, como revela un amplio ciclo de revueltas armadas, a veces muy graves. Sin embargo, acaba aceptando, aunque muy lentamente, la prohibición de la sangre que ofrece a los adultos nuevos medios de contener las ansias de los mozos impacientes por ocupar su lugar bajo el sol. Más recientemente, la brutal emergencia, a finales del siglo XX, del problema planteado por los jóvenes alborotadores de los suburbios da la impresión de que lo reprimido vuelve. ¿Es posible que el proceso se esté invirtiendo y desemboque en una «descivilización» de las costumbres?

Me parece que ha llegado el momento de intentar hacer una síntesis de un fenómeno capital para la comprensión de la Europa contemporánea, tras prácticamente cuarenta años de trabajo personal y numerosas líneas de investigación. El método paciente del historiador, capaz de hurgar durante mucho tiempo para descubrir indicios, con la nariz pegada a los archivos, debe ampliarse y confrontarse con la de otros especialistas de las ciencias sociales. Los datos puntuales, locales o regionales, sólo adquieren pleno sentido al cruzarse recíprocamente, antes de pasar por la criba de explicaciones más generales. También resultan indispensables las comparaciones entre los diversos países para los cuales existen suficientes trabajos accesibles, así como un cambio de escala que sitúe la mirada en el largo plazo, a fin de evitar la miopía documental y los prejuicios nacionales. El sentido histórico no se construye con una ciencia guiada por leyes infalibles, sino con un «bricolaje» artesano de conceptos, de técnicas a veces importadas y de informaciones laboriosamente recogidas. Las páginas siguientes tratan, por tanto, de componer un fresco multiseccular utilizando innumerables fragmentos de la realidad del pasado, que pierden su brillo si no se relacionan entre sí. Estudiado minuciosamente por mí sobre el terreno durante varias décadas, el condado de Artois sirve como ejemplo de laboratorio para tratar de penetrar el enigma que plantea la permanencia, desde hace siete siglos, de las estructuras de la violencia homicida en Europa occidental, sobre el trasfondo de la espectacular disminución de los actos criminales que registra la justicia. El descubrimiento del principal paradigma que asocia prioritariamente el fenómeno con los varones jóvenes sólo ha sido posible después de esta operación. El hecho es bien conocido por los especialistas de la era industrial, pero ha sido casi siempre ignorado o desdeñado por quienes estudian épocas anteriores. Tampoco a mí me había



parecido crucial cuando escribí mi tesis sobre la violencia en Artois, en los años ochenta. Para interpretarlo correctamente, tuve que salir del campo estrictamente criminal y ampliar la perspectiva a los procedimientos globales utilizados por una sociedad para garantizar su perennidad, frente al temible desafío de pasar el testigo a las nuevas generaciones por parte de los adultos que envejecen. Poco a poco, la que era mi hipótesis de trabajo y se convirtió en el eje de mi reflexión se fue precisando, fue tomando forma la idea de que la gestión de la violencia masculina al estilo occidental se instauró a finales de la Edad Media para resolver de otra forma esta cuestión. Más que el incesto, es la prohibición de la violencia masculina la que poco a poco se convierte en obsesión.

Pero esta prohibición se impone sin inhibir del todo el potencial agresivo de los mozos, un potencial necesario para las guerras «justas» de una civilización cada vez más conquistadora a partir de los grandes descubrimientos. Dicho potencial agresivo es desviado, encauzado y controlado a través de la moral y de la religión, haciéndose más útil que destructivo. Pero el mecanismo a veces se atasca. No en tiempos de un conflicto generalizado que diezma las filas de los hombres jóvenes, sino al contrario, durante los períodos de paz y de fuerte crecimiento demográfico, porque los interesados tienen entonces dificultades de inserción cada vez mayores. Éste es el caso de Francia hacia 1520, 1610, 1789, 1910 y, hace unos años, en 2005, en los suburbios. Las condiciones, evidentemente, pueden variar según los países y más aún según las regiones o localidades, lo cual impide formular una explicación perentoria. Pero al menos parece existir, desde finales de la Edad Media, una fuerte correlación general entre los brotes de violencia juvenil y el mal funcionamiento, por diversas razones, de los procedimientos de gestión del reemplazo generacional en el territorio europeo.

Los dos primeros capítulos presentan sucesivamente una definición de la complejísima noción de violencia y una visión panorámica de su espectacular declive desde hace siete siglos, particularmente sensible en lo que atañe al homicidio. Los siete capítulos siguientes desarrollan una trama más cronológica, no sin ciertos solapamientos, pues las tradiciones antiguas siguen muchas veces coexistiendo con las novedades. El capítulo 3 describe las fiestas juveniles de la violencia, procedentes de la civilización agraria tradicional, hasta su puesta en entredicho durante el siglo XVII. Sin embargo, a partir de entonces ceden lentamente el terreno, teniendo hasta nuestros días unas costumbres que ahora ya se consideran salvajes, algo que ya imperaba en las poderosas ciudades de los siglos XIV y XV, donde existía una especie de municipalización de la agresividad,



asegurada por un sistema de multas. De ella trata el capítulo 4, donde vemos que dicho sistema garantizaba una paz urbana original, cuya eficacia disminuye en la época de Lutero y Calvino, por efecto tanto de los monarcas conquistadores como de las Iglesias violentamente antagonistas.

El capítulo 5 cuenta el nacimiento, entre 1500 y 1650 aproximadamente, de una nueva sensibilidad inducida por esas fuerzas vivas. En toda Europa, la atención de la justicia criminal se concentra en el homicidio y el infanticidio, lo cual se manifiesta en la multiplicación de las penas de muerte contra sus autores. Estos últimos son mayoritariamente jóvenes de ambos sexos. La «fábrica» occidental se pone así a construir de forma radicalmente nueva los dos géneros sexuados y a exigir un respeto creciente por la vida humana. Sin embargo, aparecen poderosas resistencias. El capítulo 6 examina dos de las más feroces, por parte de los nobles y de los campesinos. Los primeros imponen una cultura brutal renovada, inventando las reglas del duelo que los Estados belicosos, entonces dominantes, aceptan porque ese tipo de enfrentamiento cruel permite, en el fondo, una despiadada selección de los mejores oficiales. En cuanto a los campesinos rebeldes, deseosos de conservar sus tradiciones viriles, la represión es implacable.

Desde 1650, y hasta la década de 1950, se abre una era de violencia domesticada que es objeto del capítulo 7. Con exclusión de las fases de guerra, las sociedades europeas están regidas ahora por un tabú de la sangre absolutamente imperativo que las distingue claramente de Estados Unidos. Sólo un ínfimo «residuo» juvenil, calificado de crapuloso, salvaje y bárbaro, atestigua lo contrario. La mayoría de los jóvenes machos acepta dócilmente la prohibición de matar. Las muchachas que la transgreden deshaciéndose del feto o del recién nacido hallan una indulgencia creciente a lo largo de los siglos por parte de los jueces, los jurados y la opinión pública, porque se las considera cada vez más como víctimas de la sociedad. La civilización dispone de muchos vectores para imponer a las nuevas generaciones sus mensajes éticos y morales o prolongarlos en forma de reflejos condicionados.

Consagrado a la novela negra y policíaca del siglo XVI a mediados del XX, el capítulo 8 muestra cómo el gusto por la sangre pasa de la realidad a lo imaginario y se convierte en un fantasma, para pacificar mejor las costumbres de los lectores ofreciéndoles al mismo tiempo un medio para dar rienda suelta a estremecimientos mortales. De forma más ambigua, ese género camaleónico permite también soñar la violencia, convertirla en una experiencia personal onírica, mantenerla para poder



convertirla en operativa y útil a la colectividad en caso necesario. Contradicción interna de nuestra cultura: la exaltación literaria del asesinato, por ejemplo en *Fantomas*, poco antes de la Primera Guerra Mundial, encuentra salidas lícitas en los conflictos «justos» y patrióticos. La agresividad juvenil queda, pues, más encauzada o desviada que propiamente erradicada. Reaparece cada vez que los procedimientos de contención se debilitan, cuando los conflictos entre las generaciones se intensifican.

El capítulo 9, que trata de la reaparición espectacular de las bandas juveniles a partir de 1945, nos recuerda que la adolescencia contemporánea está ligada a la violencia, sobre todo en sus márgenes mal integrados, pero tal vez también de forma más amplia, como demuestran las peleas entre los hinchas de los equipos de fútbol. En nuestra época, la ineficacia creciente de los procedimientos de transmisión de la antorcha social a los más jóvenes por parte de los más viejos, cuya esperanza de vida es mucho más larga que antes y que a veces están tentados de conservar interminablemente el poder, revela inquietantes fracturas. La explicación principal de las oleadas recientes de brutalidad destructiva en los suburbios reside, sin duda, menos en una supuesta «descivilización» de las costumbres que en las cada vez mayores dificultades con que se enfrentan los más desfavorecidos, especialmente entre las nuevas generaciones de ambos sexos, para hacerse con su parte del pastel social en un período fuertemente marcado por el desempleo y el miedo al futuro. ¿Es posible que el ciclo occidental de control de la agresividad juvenil, que comenzó hace medio milenio, se esté acabando ante nuestros ojos?